

esto le cedía en cambio de Sajonia y consintió en que Austria tomara también su parte á expensas del ducado de Varsovia.

Prusia no podía resignarse á perder la Sajonia que ya consideraba como suya. Comprendía que de ocupar las provincias del Rhin debía estar poco menos que como un centinela avanzado en tiempo de guerra, y no le satisfacía el papel de campeador de Alemania. En cambio la Sajonia la redondeaba y la hacía fuerte para defenderse, lo mismo contra Austria que contra Rusia. Por esto antes de resignarse, como lo había hecho ya Alejandro, propuso que se le diera la Sajonia, y que á la vez se dieran esas provincias del Rhin que la taimada y política Inglaterra quería á toda costa adjudicárselas al rey de Sajonia. Ahora bien, este cambio no se hizo porque Francia apoyada por Rusia se opuso tenazmente. Pero, digámoslo ahora, lo que se defendía era un interés de familia, no un interés político. Luís XVIII no defendía al rey que había sido el más fiel aliado de Francia, sino al país que le había dado una madre. En efecto, la madre de Luís XVIII lo había sido una princesa sajona. Los intereses de familia prevalecieron. La Sajonia quedó en pié. La Prusia se estableció en la frontera de Francia y en 1870 fué el príncipe real de Sajonia el héroe de la batalla de Sedan.

Pero cedía Prusia de tan mala gana, y con tanto despecho sufría por su parte Alejandro la imposición de los coaligados, que á punto estuvo que estallase en Marzo de 1815 una guerra, por cierto bien distinta de la que entonces se originó.

Hemos dicho que de Sajonia se arrancaban algunos distritos para dárselos á Prusia, pero sobre si serán éstos ó aquéllos se armaron tales disputas que hicieron creer lo mismo á Castlereagh que á Talleyrand en la muerte de la coalición, por cuyo motivo Inglaterra, Austria y Francia firmaron el 3 de Enero un tratado, por el cual se obligaban á poner en campaña ciento cincuenta mil hombres por cada parte para hacer respetar de Rusia y Prusia sus respectivas fronteras, tratado al que se adhirieron poco después los Países-Bajos, Baviera y Cerdeña. Como vemos, era un empeño el que tenía Francia á tener sobre su frontera al implacable vengador de Jena.

Alejandro y Federico Guillermo conocieron ó supieron algo de lo que se trataba y nuevamente cedieron. Diósele á Prusia una buena mitad del antiguo reino de Sajonia y además las plazas polonesas del bajo Vístula que tanto había pretendido en otro tiempo, entre ellas Dantzic. En el Rhin se le dieron los electorados de Colonia y de Treveris y el antiguo ducado de Juliers. El palatinado se dió á

Baviera, el Luxemburgo á Holanda y Maguncia al gran duque de Hesse Darmstadt, empero, estas dos grandes plazas militares, lo eran de la Confederación germánica.

Concedióse al Austria la presidencia perpetua de la Confederación germánica, reunión de un gran número de Estados grandes y pequeños de Alemania que continuó ahora sin emperadores, á fin de que nadie le disputase á Austria esa presidencia que tantos disgustos había de darle. Los Estados alemanes quedaban autónomos, es decir, con su ejército, en diplomacia y su organización política particular.

La Confederación existía sólo para la defensa é integridad de los Estados que la formaban, á quienes les estaba prohibido formar alianzas particulares entre sí ó con los Estados extranjeros, cosa que también le estaba prohibido á la Dieta de la Confederación. Sin embargo, para poner orden en la Confederación se reconocieron sólo en ella diez y siete votos, uno por cada uno de los Estados que la constituían, por cuyo motivo fué necesario reunir varios de los Estados pequeños en grupos para darles voto. A esta asamblea se unía otra que se compuso de sesenta y nueve miembros nombrados por los Estados según su importancia, con lo que quedó garantizada la independencia política de los Estados de la Confederación y asegurada la influencia de los Estados importantes.

Italia fué puesta bajo la discreción de Austria á la que se dió carta blanca, así apresuróse á restablecer su familia en Toscana, Módena y Parma, de la que se declaró duquesa vitalicia á María Luísa.

Talleyrand y los realistas no podían sufrir en Nápoles á Murat. Luís XVIII no reconoció nunca el reino de Nápoles, y Murat no reconoció por su parte á los borbones de Francia, así se excluían uno y otro de los almanaques y quizás oficiales de sus respectivos Estados. Claro está que los destituidos borbones de Napoleon habían de reclamar, y que Austria había de sentirse dispuesta á restaurar á aquella desdichada hermana de María Antonieta, pero esto no era tan fácil como se creía por razones de buen parecer. Murat era un aliado, y aún cuando incomodaba, no se le podía despedir sin motivo. Murat que no podía ignorar que era discutido en Viena, sintiéndose amenazado hizo armamentos con el pretexto de defenderse de los borbones, y esta intemperancia le perdió, pues, acto seguido convinieron Metternich, Castlereagh y Talleyrand acabar con Murat á la próxima primavera á cuyo fin pondría Austria en el Pó á ciento cincuenta mil hombres.

¿Pero qué hacíamos nosotros en Viena? España estaba representada por Gómez Labrador, hombre en quién no residía ninguna de las circunstancias necesarias para abrir camino en Viena y ganar algo para España. Allí hicimos el papel más desairado que darse pueda, con lo que se evitó el Congreso oír nuestras reclamaciones que no supo hacer valer por ningún medio Labrador, y no sólo no ganamos sino que estuvimos á punto de perder, pues, los soberanos aliados estimaron como fundada la reclamación de Portugal sobre Olivenza y consignaron la necesidad de la devolución con lo que no se conformó Fernando, vengándose Portugal en América fomentando y auxiliando cuanto pudo la revolución americana que, naturalmente, había de llegar también á ella. Y no fué esto sólo sino que el Congreso como si se hubiera reunido para esto trató y acordó sobre la trata con beneficio de la humanidad pero en perjuicio de España.

Willeforce y otros hombres de bien habían agitado extraordinariamente esta cuestión, y aunque no puede dudarse que en él y sus íntimos amigos, y aún en el pueblo inglés sólo ardía el sentimiento humanitario, no cabe dudar que entre los políticos ingleses esta cuestión se miraba de distinto modo. Si lograban abolir la trata daban un golpe tremendo á los Estados-Unidos y á España, y aún cuando debía el golpe alcanzar también al Brasil, esto no les preocupaba. Ni la república americana ni España podían de momento pasarse sin los negros de Africa, luego abatir á estas dos potencias era asegurarse Inglaterra el poderío marítimo que tan brillantemente había conquistado. Además declarada abolida la trata y concedida á Inglaterra la policía de los mares, con el derecho que se le concedía de visitar los buques para descubrir á los negreros, se la ponía en condiciones de vejar el comercio de todas las naciones, y en particular el de las naciones marítimas que más estorbo podían hacerle.

Labrador delante de la conspiración urdida por Inglaterra nada pudo hacer mas que reservar el derecho de España, declarando que nosotros no podríamos abolir la trata antes de ocho años por cuyo motivo las potencias reunidas en Viena se limitaron á declarar en principio abolida la trata,—8 de Febrero de 1815,—conviniendo en abrir negociaciones con España para que se redujera el plazo de ocho años que había pedido su representante.

En fin, ni siquiera obtuvimos nosotros, de quienes por tanto tiempo se nos había alentado á la guerra con Napoleon, de quienes se decía en todos los tonos que éramos el pueblo heroico por excelencia y

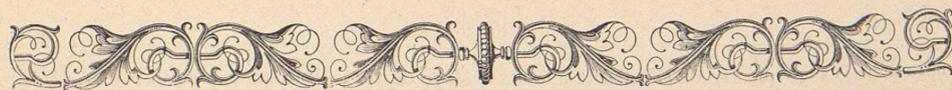
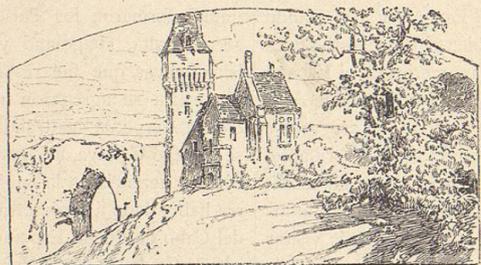
que acabaríamos nosotros solos con el gran emperador, ni siquiera obtuvimos una compensación por lo que se nos quitaba y se daba á Napoleon. Aludimos al ducado de Parma adjudicado á María Luísa.

En suma, el Congreso arregló el mapa político de Europa de esta manera: le devolvió al Austria el reino Lombardo-Veneto, con la Valtelina y la Dalmacia veneciana; Toscana, Módena y Parma, se dieron á los miembros de la familia imperial; la Baviera cedió al Austria el Tirol, el Voralberg y el Salzburg hasta Salzac; la Rusia, la parte de la Galitzia oriental que había adquirido en 1809; Rusia, recibió, en cambio, el gran ducado de Varsovia, que fué erigido en reino y al cual se dió una constitución garantida por todas las potencias; Cracovia se hizo un Estado libre; Prusia, recibió, como indemnización, una parte de la Polonia, el gran ducado de Posen, la mitad de la Sajonia, la Pomerania sueca, el Cleves-Berg y una gran parte de la orilla izquierda del Rhin hasta el Saar; Dinamarca, cediendo la Noruega á la Suecia, obtuvo la Sajonia Launenburg y se hizo miembro de la Confederación; la Baviera, adquirió el Wurtzburg, Aschaffenburg y el círculo del Rhin sobre su margen izquierda; el Hannover, erigido en reino, se aumentó con el país de Hildeseim y la Frisia; la Holanda y la Bélgica, reunidas, formaron los Países Bajos; Inglaterra, conservó Malta, Helgoland y el protectorado de las islas Jónicas que fué restablecido; á la Confederación suiza se agregaron tres cantones y se reconoció su perpétua neutralidad; la Cerdeña, á la cual se agregó Génova, fué restablecida en reino y se fijó su herencia en la familia de Carignan. La guerra había dado á Inglaterra las colonias holandesas del Cabo de Buena Esperanza y la grande y fértil isla de Ceylán y se quedaron con ellas al restaurarse ahora á Holanda. La guerra había dado á los ingleses la isla de Trinidad que nos había tomado á nosotros y ni siquiera esta isla se nos devolvió en cambio de nuestros esfuerzos y de nuestra perseverancia en combatir á Napoleon. Dicho se está que menos había de devolver Inglaterra á Francia las islas Mauricio, antes Ile de France, en el mar de las Indias, ni en América las de Santa Lucía y Tabago que había conquistado. Este reparto de Europa hizo exclamar á un inglés, á un hijo de la libertad, es cierto, á Lord Byron:

«Después de haber abatido al león, ¿será necesario que prestemos nuestros homenajes al lobo? ¿Será necesario bajar la mirada y doblar la rodilla delante los tronos? ¿Es por esto que la sangre y las lágrimas han corrido durante tan largo tiempo, di-

ludio universal en el cual el hombre infortunado no ve arca alguna de la alianza, marea que no baja un momento sino para refluir luégo!... ¿Los tiranos, pues, no pueden ser vencidos mas que por otros tiranos y la libertad no encontrará jamás un campeón y un hijo semejante á aquél que vió nacer Colombia cuando ella misma nació, un día como Pallas, pura y sin mancha? ¿ó bien almas tales sólo se pueden formar en la soledad, en el seno de los bosques vírgenes, al ruido de las mugidoras cataratas, en esos lugares en que la naturaleza, buena madre, sonrió á Washington en su infancia?... ¡Esperemos: una mejor primavera nos dará frutos menos amargos!»
 ¿No pensaron los reunidos en Viena en hacer algo

para alejar de Francia abatida y humillada, y de Italia trabajada por la revolución, al hombre capaz aún de enardecer los ánimos y de poner en tela de juicio su obra? Ciertamente sí, y sin Alejandro Napoleon hubiera pasado de la isla de Elba á las Azores cuyas islas le destinaba Inglaterra naturalmente á expensas de Portugal, que de seguro no hubieran tampoco indemnizado, pero se sabía que Alejandro no consentiría en romper el tratado de París de 11 de Abril 1814, y así se iba dilatando la solución de este punto que debía ser el último en resolverse, cuando Napoleon les dió la solución, escapando de la isla de Elba como un pirata, para entrar en París al poco tiempo como el emperador de Jena y Austerlitz.



CAPITULO XXXVIII

RESTAURACION DE NAPOLEON.—WATERLÓO

Napoleon en la isla de Elba.—Reconciliase su hermana Paulina con Murat.—Planes de Napoleon.—Quiere arrojar con los napolitanos á los austriacos de Italia.—Averigua lo que se quiere hacer con él en Viena.—Maret le llama á Francia.—Situación política con su Francia.—Trapisondas de Fouché.—Sus conspiraciones.—No sabe por quién decidirse.—Consulta Napoleon su situación con su madre.—Alíentale ésta á que tome venganza de los borbones.—Sale Napoleon de la isla de Elba: 26 de Febrero de 1815.—Encarga á Murat que asegure á Austria su adhesión al tratado de París.—Desembarca Napoleon en Francia.—Marcha Napoleon á Grenoble.—Su encuentro con La Bedoyere.—Entra Napoleon en Grenoble: 7 de Marzo.—Sus proclamas.—Preséntase delante Lyon el 10.—Macdonald abandona á Lyon y se retira al lado del rey.—Llega la noticia del desembarque de Napoleon á las Tullerías.—Impasividad de Luis XVIII.—Hácenle declarar los cortesanos á Napoleon fuera de la ley.—Los partidos en el Cuerpo legislativo.—Pide su presidente Laine, que se llame á Lafayette y á Benjamin Constant.—Sale el conde de Artois para Lyon.—Actitud del ejército.—Huye el conde de Lyon.—Napoleon y los decretos de Lyon.—Sale de Lyon para París: 13 de Marzo.—Ney al frente de Napoleon.—Bertrand y Ney.—Abandona Ney á los borbones.—Entusiasmo de sus soldados.—Proclamas y declaraciones de Ney: 18 de Marzo.—Reúnense Ney y Napoleon.—Efecto que causa en París la traición de Ney.—Destituyese á Soult.—Clarke ministro de la Guerra de los borbones.—Conspiraciones de Fouché.—Benjamin Constant y el *Diario de los debates*.—Sale Luis XVIII de las Tullerías: 20 de Marzo.—Entra Napoleon en París: 20 de Marzo.—Entusiasmo de los militares.—Forma su gobierno.—Carnot y Davout ministros.—Su patriótica decisión.—Fouché ministro.—Denúnciase á Napoleon el esconдите de Benjamin Constant.—Ordena que se le presente.—Acepta Constant el encargo de la redacción de la Constitución liberal del imperio.—La *Acta adicional*.—Debilidades de Constant.—Trátase de unir á Lafayette al imperio.—Exige la reunión de las Cámaras.—Cede Napoleon.—Convócanse para el 3 de Junio.—Lanjuinais y Napoleon.—Cede también Napoleon.—Decaimiento y postración moral de Napoleon.—Sus causas.—Luis XVIII.—Patriótica actitud de Mortier y Macdonald.—Niéganse á emigrar.—Retírase Luis XVIII á Bélgica.—Sepárase de su lado el duque de Orleans.—Retírase á Inglaterra.—La restauración napoleónica en el Mediodía de Francia.—Abandona la duquesa de Angulema á Burdeos: 4 de Abril.—Avanza el duque de Angulema sobre Lyon.—Derróta Grouchy.—Capitulación y embarque del duque de Angulema.—Ilusiones y desengaños de Napoleon.—Recibe en Viena la noticia del desembarco de Napoleon: 13 de Marzo.—Reanúdase la conciliación.—Hacen suya los aliados la declaración de Luis XVIII.—Renuevan los aliados el pacto de Chaumont: 25 de Marzo.—Repugnancia de Europa por la guerra.—Entusiasmo que por ella sienten los alemanes.—Actitud de Inglaterra.—Comprométela Wellington en Viena.—Castlereagh partidario de la guerra.—La oposición quiere la paz.—Engañala y entretiénela Castlereagh.—Descúbrese su juego.—Hace votar la guerra por el Parlamento.—Wellington en Bélgica.—Impide que se haga demostración alguna contra Francia.—Desvanécense las ilusiones de Napoleon.—Napoleon y el espíritu patriótico.—La falta de resolución le pierde.—Enfríase el entusiasmo.—Renace el militarismo.—Situación del ejército francés.—Pretende Napoleon reunir quinientos mil hombres.—Deserciones.—La guardia nacional.—Déjasela sin armas.—Avance de los aliados.—Sale Napoleon de París: 12 de Junio.—Murat en Italia.—Sale de Nápoles.—Da al fin la Constitución.—Es tarde.—Huye Murat á Francia.—Prohibele Napoleon que vaya á su lado.—Las fuerzas de la coalición.—Si era posible la lucha.—Plan de campaña de Napoleon.—Resuelve atacar á Wellington y Blücher.—Wellington recomienda la defensiva.—Recomiéndasela Carnot á Napoleon.—Declárale Napoleon que su *política* exige un golpe de efecto.—Métese Napoleon por entre Wellington y Blücher.—Recelos y desconfianzas del ejército francés.—Soult jefe del Estado mayor del ejército.—Defeción de Bourmont.—Temores de Napoleon.—Bate á Ziethen.—Incomprensibles retardos y lentitudes de Napoleon.—Ney llega al ejército.—Actividad del mariscal.—Cansancio de Napoleon.—Déjale sin órdenes.—Regresa Ney á Charleroi por ellas.—Sale Napoleon de su insomnio.—Avanza contra Blücher.—Batalla de Ligny.—Temeridad de Blücher y de los alemanes.—Su valor.—Retírase derrotado.—Abandona Napoleon á Grouchy su persecución.—Ney en Quatre-Bras.—Su retirada.—Por qué no venció ni se presentó en Ligny.—Faltas de Napoleon.—Estupor de sus generales.—Emprende Napoleon su marcha contra Wellington.—Retírase Wellington.—Toma posesiones en Waterlloo.—Alegria de Napoleon al ver que Wellington le esperaba.—Resuelve atacarle el día siguiente.—Grouchy no acierta á dar con Blücher.—Blücher y Wellington se conciertan.—Batalla de Waterlloo.



RA natural, dado como había caído el Imperio, que Napoleon considerase para siempre terminada su carrera y que se considerase como otro Prometeo, amarrado para

siempre á su roca de la isla de Elba, así en un principio se tomó por lo serio su principado de la isla y se dió en estudiar sus necesidades con el mismo ardor con que estudiara antes las de aquel imagi-